

12. Dejamos á la piadosa consideración de las almas buenas, y nosotros sólo decimos que no hay lecciones más hermosas ni más expresivas que las recibidas por el alma de fe en la solitaria contemplación del Santísimo Sacramento, pues allí la Sabiduría eterna nos habla al corazón, suave, tierna y amorosamente, sin elocuencias humanas, sin ruidos de palabras, sin los truenos aterradores del Sinaí y sin las refulgencias deslumbrantes del Tábor.

Si nuestro amadísimo Jesús se ostentara á nuestros ojos en la Eucaristía con el radiante vestido de gloria que tiene en el cielo, ¿quién osaría llegarse á El, viéndole rodeado de la majestad de sus soberanos resplandores? ¿Quién, al ver sus propias miserias é imperfecciones, tendría valor para arrostrar sereno la presencia de Cristo glorioso? Y si alguno fuera capaz de ello, haríalo temblando y sin atreverse á comunicarle sus necesidades, ni sus trabajos, ni aun siquiera sus amores.

Mucho hizo en nuestro obsequio el Redentor dulcísimo ocultando en la Encarnación los eternos fulgores de su divinidad; pero mucho más accesible se nos hizo abajándose hasta el extremo de velar su humanidad sacratísima en el Sacramento eucarístico. Allí calla, pero allí enseña; porque la *humildad*, *mansedumbre* y *paciencia* que en El contemplamos, juntamente con la *obediencia*, *pobreza* y *castidad*, que no podemos menos de ver, nos están dando voces, diciendo: «¡Oh cristianos! Aprended á los pies de Jesús sacramentado las amorosas lecciones de las virtudes todas.»

No es posible, ni entra en nuestro propósito, enumerarlas una por una; pero no podemos prescindir de indicar algunas otras importantísimas, y ésta será la dulce tarea que nos ocupe en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXI

Prosiguen las lecciones del Santísimo Sacramento.

1. Un amigo fiel.—2. Nuestro corazón debe estar en el Sagrario.—3. Cómo ha de estar y permanecer allí.

UN amigo fiel—leemos en el Eclesiástico—*es una protección fuerte, y el que le encuentra tiene un tesoro* (1). Es muy difícil, decimos, encontrar un buen amigo, porque en este mundo cada cual mira á su interés propio, y tanto te quiero cuanto te necesito ó me puedes favorecer. Verdaderamente, mucho hay de esto; pero nosotros afirmamos que todos, si queremos, podemos hallar un amigo fidelísimo, poderosísimo y desinteresadísimo, que únicamente se ocupe de nuestro bien y de prodigarnos grandiosas mercedes. Este amigo fiel, ya se habrá adivinado, es *Jesús en la Eucaristía*, donde, tierno y amoroso, nos ofrece y nos entrega su Corazón divino en prenda de eterna gloria, derramando en nuestra alma todos los inexhaustos tesoros de su omnipotencia y de sus gracias celestiales.

2. Pues bien: si ese es nuestro amigo, ese es nuestro tesoro, y *donde está nuestro tesoro, allí debe estar nuestro corazón* (2). El Corazón de Jesús Sacramentado está en el nuestro, porque somos sus amigos; el nuestro debe estar en el Sagrario, por idéntica razón. Su corazón es nuestro, el nuestro suyo, y ambos deben latir al unisono, como respirando de un solo espíritu y viviendo de una misma vida. Ya lo dijo el Señor: *El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí, y Yo en él: vive por mí.*

El corazón del amigo está donde ama, más que donde anima, y por eso nuestro corazón debe estar fijo en el Corazón de Jesús Sacramentado, quien amorosamente está exigiendo todo nuestro

(1) Amicus fidelis protectio fortis, qui autem invenit illum, invenit thesaurum. (Eecl., VI, 14.)

(2) Ubi enim est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum. (Matth., VI, 21.)

amor y quiere llamar suyo hasta el más tenue latido de nuestro pecho. Suelen comparar el Corazón divinísimo de Jesús en el Tabernáculo, con el árbol que llaman *Granado*, cuyo fruto, ó sea la granada, no sólo incluye dentro de sí la cruz, sino que lleva en lo alto una rígida corona, y cuando llega á madurez, espontáneamente se abre por el lado y deja ver su tesoro hasta lo íntimo de su corazón, siendo el encanto de nuestros ojos contemplar tantos granos purpúreos, en completa unión y armonía, á manera de preciosos rubíes, que están excitando nuestro apetito para que los tomemos en alimento.

3. ¡Oh buen Jesús! ¡Oh amor eucarístico! ¿Quién no ve en tu Corazón sacratísimo la cruz como implantada en el medio, la corona de espinas hiriendo con sus punzadas, y el costado abierto, á manera de granada, para mostrarnos á todos los tesoros de amor que encierras? Bellísimas aparecen la unión y orden en los purpúreos granos de la fruta dicha; pero ¿qué es eso en comparación de la unión íntima que las almas buenas tienen en lo interior de tu Corazón deífico? Abierto le tienes, Señor, por la lanza del soldado, para darnos franca entrada en él, y nosotros intentamos ahora, posturados á los pies del Santísimo Sacramento, penetrar las *lecciones de caridad* que encierra, el *modelo de oración* que nos ofrece y los *divinos oficios* en que se ejercita. Es decir, que vamos á considerar:

- 1.º Las lecciones de amor y de oración de Jesús sacramentado.
- 2.º Las funciones sagradas que en el Sacramento ejercita.

§ I

LECCIONES DE AMOR Y DE ORACIÓN EN LA SAGRADA EUCHARISTÍA

4. El Corazón de Jesús abierto para darnos entrada.—5. Cómo nos ama en la Eucaristía.—6. Cualidades de su amor.—7. Lecciones de oración.—8. Objeciones resueltas.—9. Cualidades de su oración.

LECCIONES DE AMOR. — Refiere el santo Evangelio, según San Juan (XIX), que cuando los impíos y criminales deicidas crucificaron á Jesucristo, presenciaron tantos y tan grandiosos prodigios, que, aterrados, determinaron quitar de la cruz los cuerpos de los tres crucificados antes de que el sol llegara á su ocaso, y para ello enviaron desde la ciudad varios soldados para que les rom-

pieran las piernas y así se aseguraran de su muerte. Hiciéronlo de este modo con los dos ladrones; mas al llegar á Jesús, como observaron que ya estaba muerto, no le rompieron los huesos, sino que *uno de los soldados ABRIÓ su costado con la lanza* (1).

4. Aquí es mucho de notar que el sagrado texto no dice: *traspasó*, ni *rompió*, ni *atravesó*, ni *clavó*, ni *rasgó* el costado de Jesús, sino *ABRIÓ*. ¿Por qué esta palabra, al parecer tan impropia? Una puerta, un postigo, una caja, un arca y otras cosas semejantes, se dice que se abren, y está bien dicho; pero del corazón del hombre, cuando se le clava una lanza, decir que fué abierto, eso es enteramente desusado, porque la palabra adecuada es *traspasado* ó *herido*.

Oigamos á San Juan Crisóstomo, que él nos da la razón, diciendo (*In Psalm. XIV*): «El gran tesoro nuestro y de todos los hombres es el corazón sacratísimo de Jesús; y como éste, cuando llegó el soldado, se encontraba todavía encerrado en el pecho sirviéndole á manera de arca, por eso la lanza de Longinos hizo veces de llave, y *ABRIÓ* el costado, y se manifestó el tesoro divino; es decir, el corazón deífico; y desde entonces todos podemos penetrar en él, porque la abertura es puerta que nunca se cierra, es puerta sin puerta.»

5. Con efecto: siempre quiere Cristo nuestro bien que nosotros nos hallemos dentro de su corazón amante, á la manera que los granos en la granada, y no es decible el amor con que allí nos acaricia y favorece. Su modo de amar es muy distinto del nuestro. El ama por su bondad, nosotros por necesidad; El por abundancia, nosotros por indigencia; El para dar, nosotros para recibir; El por pura benevolencia, nosotros mezclando siempre, ó casi siempre, nuestra conveniencia. El se complace en sí mismo cuando nos ama y nos hace mercedes, y de ahí viene que su amor hacia nosotros sea inmenso, infinito é incomprensible; porque el motivo principal que le impulsa á amarnos no está en nosotros, sino en El: es motivo infinito, motivo divino, y por consiguiente tan sin límites como su propio ser en la persona del Verbo.

Pero sobre todo, donde el corazón de Jesús nos muestra su inmenso amor, como para aleccionarnos y hacernos que le amemos, es en la Eucaristía, pues en ella y por ella vive en nosotros, y nosotros en El; nos transforma en su propia vida; su corazón y el nuestro forman como una sola cosa; por lo cual, al amarse á sí mismo con infinito amor, se ama en nosotros, y nos ama en sí mismo con amor infinito. ¡Oh amor de Jesús sacramentado! ¡Cuán

(1) Unus militum lancea latus ejus aperuit. (Joann., XIX, 34.)

inmenso es tu amor y cómo nos enseñas á amar, si queremos aprender!

6. La presencia sola de Jesús en el misterio eucarístico nos está evidenciando que su amor es *universal, inalterable y heroico*. UNIVERSAL, porque se extiende á todas las almas, justas ó pecadoras, culpables ó inocentes, ingratas ó agradecidas....; á todas llama, á todas desea comunicar sus gracias divinas, á todas desea llevar al cielo, y á todas dice: *Venid á mí todas. (Ve íte ad me omnes.)* INALTERABLE en cuanto al tiempo, pues Jesús sacramentado ha de subsistir siempre con nosotros hasta la consumación de los siglos; y también *inalterable* por las ingratitudes nuestras, porque, sea cualquiera el olvido de un alma, sea cualquiera el grado de tibieza en que se encuentre, sean los que fueren sus pecados, tan luego como esa alma se arrepienta y recobre la gracia santificante, y desee tornar á Jesús y recibirle sacramentado, Jesús se da enteramente á ella para servirla de alimento espiritual, para fortalecerla con nuevos y hermosos dones, para que persevere en su dulce amistad, amándola siempre con especial dilección y con singular ternura.

Por último, el amor de Jesús en la Eucaristía es HEROICO, puesto que sacrifica por nosotros su libertad, su honor, su vida entera y todo su ser, y esto para siempre; pues *como el Señor había amado á los suyos, los amó hasta el fin* (Joann., XIII, 1): es decir, hasta lo último que puede llegar la fineza del amor. ¿Quién será el cristiano tan insensible desnaturalizado que no ame á Jesús en el Santísimo Sacramento y que no se entregue enteramente á ÉL, sabiendo que ÉL se entrega enteramente á nosotros, y que, á pesar de nuestras ingratitudes, nos ama con amor *universal, inalterable y heroico*? ¡Oh Amor de los amores! ¡Cuánto nos amas, cuánto nos sufres, cuánto nos perdonas y cuánto nos dignificas al venir á nuestro corazón en el Sacramento de tu amor! ¿Hay quien te conozca y no te ama?

7. LECCIONES DE ORACIÓN.—Mas viniendo ya á las *lecciones de oración y de ruegos* que nos da Jesús en el Sacramento eucarístico, es mucho de admirar cuán *santos*, cuán *sumisos* y cuán *eficaces* son sus ruegos á su Eterno Padre en favor nuestro. *El vive allí siempre para interceder por nosotros* (1). *Vive*, porque ÉL es la misma vida (*Ego sum vita*); *siempre*, porque es eterno como el Padre (*Aeternus Pater, aeternus Filius*); *para interceder por nosotros*, porque es *caridad* (*Deus charitas est*).

(1) Semper vivens ad interpellandum pro nobis.

¿Se dirá que no le oímos sus oraciones? Es verdad; pero tampoco oímos crecer la hierba, y la hierba crece. Si la oración no es otra cosa que la *elevación de la mente á Dios* (1), ó, lo que es lo mismo, *cierto familiar coloquio con Dios*, ¿es posible concebir á Jesucristo sin que se halle elevado á su Eterno Padre é íntimamente unido con ÉL, formando sus complacencias y como en coloquio amoroso con ÉL? Si Jesús nos ama, y es caridad, y ve nuestras necesidades, ¿dejará de rogar por nosotros? Y si ora, ¿podrá su Padre amoroso desatender sus ruegos, reconociendo en ellos el acento suavísimo de su Hijo Unigénito? Jesús, pues, ruega incesantemente en la Eucaristía: su oración es eficaz, y en esto nos da ejemplo de lo que hemos de hacer nosotros.

8. Pero, Señor—dicen algunos ignorantes:—si Jesucristo en la Eucaristía ruega siempre por nosotros; si ÉL sabe nuestras necesidades y pide remedio á su Eterno Padre, y el Padre no puede menos de oírle, ¿para qué es necesaria nuestra oración?—¡Oh! Por muchas razones: primera, para que por la oración nos dispongamos á recibir mejor y más cumplidamente las mercedes divinas; orando se aumenta la confianza en Dios, y la confianza es la medida para recibir, ó sea el vaso donde el Señor deposita sus dádivas; y mientras más grande, más se recibe. Segunda, porque orando merecemos en parte lo que pedimos, ponemos la condición que el Señor exige para darnos, y de esta suerte nuestro gozo es más pleno. Tercera, para dar á Dios el culto debido con tantas y tan excelentes virtudes como en la oración se ejercitan; por ejemplo, la fe, la esperanza y la caridad, la humildad, la religión, la longanimidad y la perseverancia... aumentando por estos actos los hábitos de dichas virtudes. Cuarta, para hacernos más familiares con Dios y participar de los grandiosos bienes que tal familiaridad lleva consigo. Quinta, para que estimemos más los dones de Dios, pues lo que se consigue á fuerza de súplicas y de emplear más tiempo en ellas, es cierto que se aprecia en más.

Está bien, dicen otros; pero si nosotros pedimos en la oración, y el Señor nos testifica que *el que pide recibe*, ¿para qué es necesaria la oración de Jesús sacramentado? ¿Hace, por ventura, Dios cosas inútiles? ¡Oh! ¡Nueva insipiencia! Jesús en el Tabernáculo ora, y su oración es precisa, ya porque nosotros *muchas veces no sabemos lo que pedimos* (2), y El con sus ruegos lo endereza; ya porque

(1) Elevatio mentis ad Deum.

(2) Quid oremus, sicut oportet nescimus. (Rom., VIII, 26.)

en ocasiones, como muestra la experiencia, pedimos cosas *nocivas*, en atención á que en el enlace de las cosas naturales con las sobrenaturales sabemos muy poco, somos como infantilillos ignorantes, y el Señor sacramentado suple nuestra deficiencia; ya porque cuando pedimos mercedes á Dios, no lo hacemos con el modo debido, y por esto no pocas veces resultan nuestras oraciones ineficaces. ¿Qué sería de nosotros sin la oración de Jesús en la Eucaristía? ¡Cuántas veces pedimos en tiempo importuno, esto es, exigiendo al Señor que nos conceda inmediatamente lo que rogamos, cosa que no sabemos si nos estará bien, y que de ordinario es mejor que Dios nos haga desearlo para que sigamos pidiendo y ejercitando las hermosas virtudes que encierran las súplicas!

9. Pero sobre todo hace falta la oración de Jesús sacramentado para enseñarnos la manera de orar, ó sea las condiciones de la buena oración, á saber: *humildad, confianza, perseverancia y piedad*.

HUMILDAD.—Siempre fué humilde la oración de Jesús, pero en la Eucaristía mucho más, pues ruega á su Eterno Padre, más anodado que en el pesebre, más desconocido, más oculto que en la casita de Nazaret, más abyecto que en la cima del Calvario.

CONFIANZA.—El sabe que su ruego es siempre escuchado por su Padre celestial; sabe que ha merecido por sus padecimientos el perdón y las gracias que solicita para nosotros; sabe que es Hijo de Dios vivo, y como tal, *objeto de las divinas complacencias*; sabe que se halla prisionero y sacrificado en el altar por amor á las almas: su confianza no puede ser mayor, y la lección para nosotros no la hay más expresiva.

PERSEVERANCIA Y PIEDAD.—Jesucristo en el sagrario, ya lo hemos dicho, siempre está orando, porque siempre estamos nosotros necesitados, y siempre permanecerá lo mismo hasta el fin de los tiempos. Su amor no se cansa, y hácelo con tal vehemencia y *piEDAD*, que suple con creces todas nuestras negligencias, descuidos é imperfecciones. El adora á su Padre y le glorifica; El le ama, y le da gracias sin cesar; El se somete á su voluntad y se ofrece en sacrificio; El, en suma, se constituye Maestro divino de oración, para que nosotros aprendamos á dirigir al Señor nuestros ruegos con *humildad, confianza, perseverancia y piedad*. Pero hagamos ahora otro género de consideraciones.

§ II

LAS FUNCIONES QUE EJERCITA JESUCRISTO EN EL SANTÍSIMO SACRAMENTO

10. Símil del alma penitente y reparadora.—11. Jesús en la Eucaristía es Reparador.—12. Reparación necesaria.—13. El hombre no puede darla.—14.—La da cumplida Jesús Sacramentado.—15. Doctrina de los Santos Padres.—16. Jesús eucarístico Adorador.—17. Oficios de Jesús sacramentado para con nosotros.—18. Es nuestro Padre, Amigo y Maestro.—19. Resumen y conclusión.

10. Hemos indicado arriba que el árbol de las granadas, y las granadas mismas, son símbolo de Jesús sacramentado, y ahora es ocasión de añadir que el mismo árbol es imagen del hombre penitente (1), y esto por tres cualidades, á saber: por el *aumento*, por el *impedimento* y por el *fruto*.

El aumento ó crecimiento del granado es más hacia lo ancho que hacia lo alto, pues extiende á los lados sus ramas, inclinándolas al suelo; y de este modo las almas penitentes deben ser humildes, buscando, no el crecer ó subir á la altura de las dignidades terrenas, sino el extenderse en la amplitud de la caridad celestial. El Rey Penitente decía de sí mismo: *Señor, mi alma la tengo apegada al suelo..., y andaba en anchura* (Psalm. CXVIII, 25-45).

En segundo lugar, dicho árbol no puede crecer con el frío, y menos fructificar, porque con el hielo perecen al punto sus flores; no de otra suerte acontece á los cristianos en la práctica de las virtudes, pues el hielo de la tibieza y de la negligencia les daña en gran manera, y los buenos afectos y deseos que el Señor les diera perecen en flor.

Además, los granados, unos producen frutos dulces, otros agrios; las granadas agrias son frías y secas; pero las dulces son cálidas y húmedas, y aprovechan más para la salud. Esto es cabalmente lo que se verifica en la vida espiritual. Las obras buenas de los penitentes hechas *por temor*, son como las granadas agrias, que causan dentera y no dan completo gusto al paladar; en tanto que los actos virtuosos hechos *por amor* de Dios, complacen de lleno á la Majestad divina, y son más provechosos para la salud del alma; son como

(1) Geminiano, lib. III, cap. LV.